

Canción de atardecer

Editorial Belvedere

LEWIS GRASSIC GIBBON

Canción de atardecer

Traducción de Raquel Herrera



**Editorial
Belvedere**

Título original: *Sunset Song*

Primera edición: octubre 2020

© de la traducción: Raquel Herrera

© de la presente edición:

Editorial Belvedere, S. L. U.

Sociedad Unipersonal

Apartado de Correos 7191

28012 Madrid

info@editorialbelvedere.com

www.editorialbelvedere.com

Agradecemos al Grassic Gibbon Center en Arbutnott y al Mitchell Estate por la reproducción del mapa de Kinraddie.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-949063-2-9

Depósito Legal: M-37154-2019

Impreso en España – *Printed in Spain*

CANCIÓN DE ATARDECER

Editorial Belvedere

A Jean Baxter¹

Editorial Belvedere

Nota del autor

Si la gran lengua holandesa dejara de usarse literariamente y un holandés escribiera en alemán un relato sobre los campesinos junto al Lek, sería de esperar que solicitara y se le concediera cierta flexibilidad y tolerancia en su uso de esa otra lengua. Podría importar a sus páginas alguna inflexión, o palabras y expresiones intraducibles –intraducibles excepto por su contexto y entorno–, y adaptar su alemán¹ a los ritmos y cadencia del habla de sus campesinos. Pero, para ser justo con sus anfitriones, apenas podría dar continuidad al holandés: buscar un determinado efecto concatenando apóstrofes resultaría tan impertinente como incorrecto.

La gentileza que el alemán tuviera con el holandés hipotético también podría invocarla un escocés de la gran lengua inglesa.

L. G. G.

Índice

PRELUDIO

El campo sin arar 19

LA CANCIÓN

I. Labranza 47

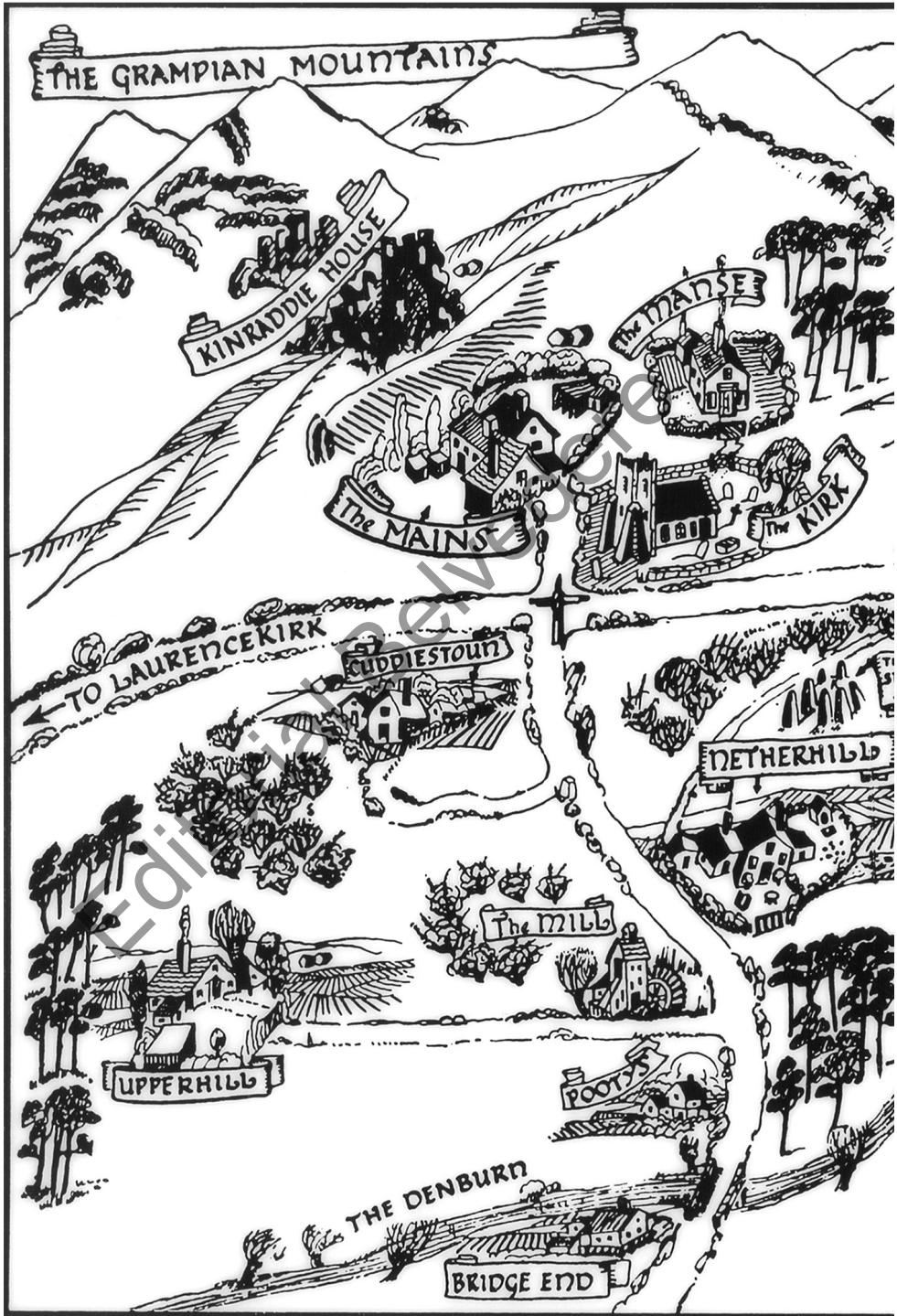
II. Ahoyado 91

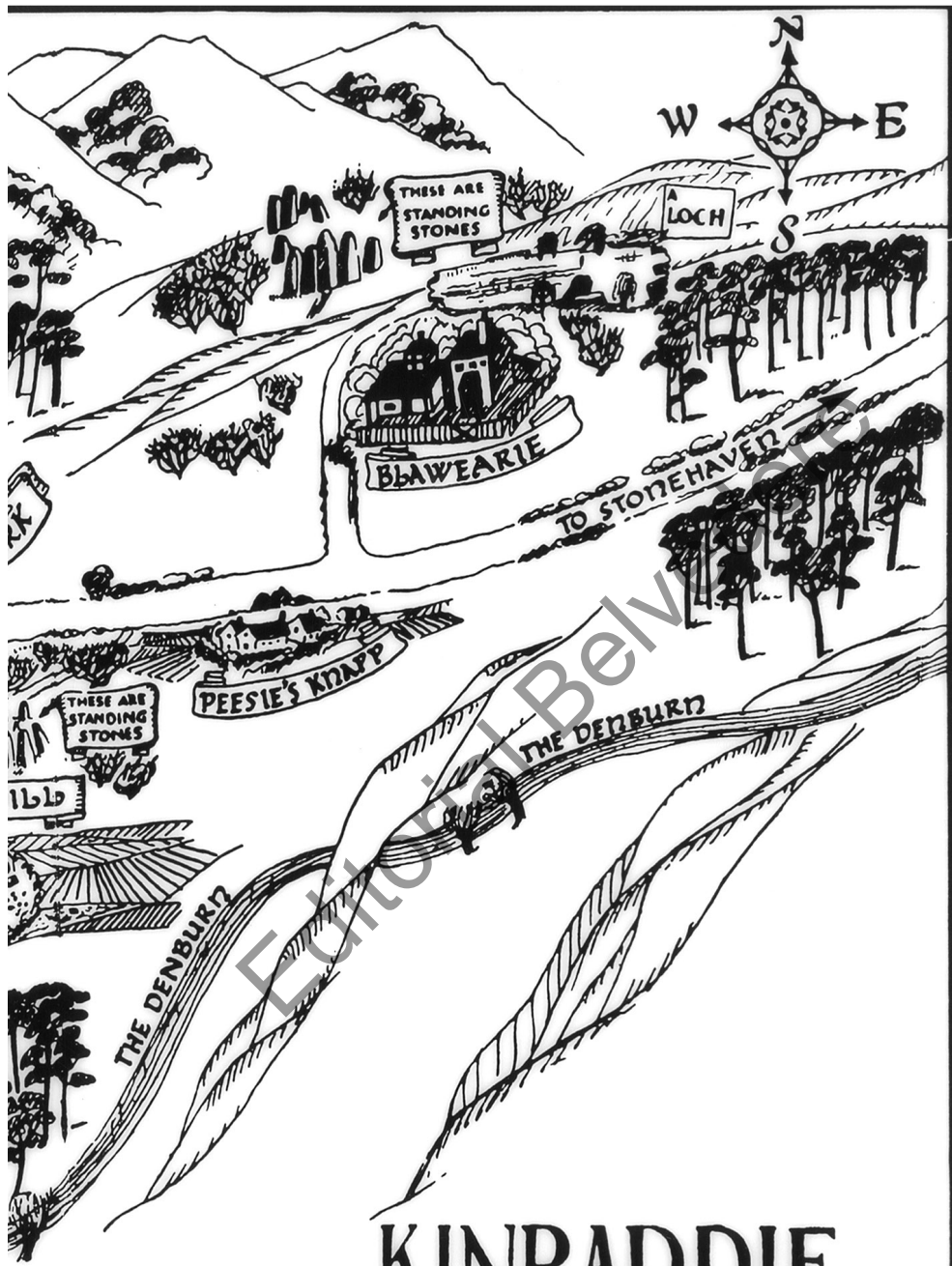
III. Siembra 141

IV. Cosecha 225

POSTLUDIO

El campo sin arar 297





KINRADDIE

CANCIÓN

Editorial Belvedere

Editorial Belvedere

I

Labranza

Por debajo y alrededor de donde se encontraba Chris Guthrie, los páramos de junio susurraban y crujían y sacudían sus mantos, amarillos de retama y débilmente espolvoreados de púrpura: así era el brezo, que aún no lo ocupaba todo. Y al este, en contraste con el azul cobalto del cielo se hallaba el brillo del mar del Norte, junto a Bervie,¹ y puede que el viento virara en esa dirección en una hora y que sintieras cómo cambiaba su vida y su rasgueo, y que trajera su frescor del mar. Pero hasta entonces el viento llevaba días en el sur, agitándose y jugueteando con los páramos, y molestando a los aletargados grampianos: las ráfagas picoteaban y temblaban en torno al lago cuando se posaban sobre ellos, pero traían más calor que frío, por lo que todos los campos estaban resecos; la tierra de arcilla roja de Blawearie se abría para una lluvia que no parecía que fuera a llegar nunca. En lo alto, las colinas plantaban cara con su belleza y calidez, pero el campo de heno crujía de sequedad, y en el patatal que había más allá de las casas las hojas ya colgaban rojas y herrumbrosas. La gente decía que no había una sequía así desde 1883, y Long Rob del Molino decía que no podía

culpase a Gladstone,² en cualquier caso, y todos se reían excepto el padre, Dios sabe por qué.

Algunos decían que en el norte, en Aberdeen, ya había llovido suficiente: el Dee bajaba muy crecido,³ y los chavales pescaban salmones varados en los bajíos, y eso está muy bien, pero ni una pizca de buen tiempo se había acercado a las colinas. Los caminos que recorrías hasta el herrero de Kinraddie o subiendo hacia el Denburn se achicharraban de calor, y estaban tan polvorientos que los automóviles pasaban zumbando como teteras al vapor. Y eso les estaba bien empleado, pues no se preocupaban por nadie los idiotas que iban motorizados, decía la gente: y uno de ellos casi atropella al pequeño Wat Strachan quince días atrás, y había chirriado hasta detenerse justo delante de Peesie's Knapp. Wat había aullado como un gato con un pincho bajo la cola, y Chae salió dando zancadas y agarró al conductor del hombro. «¿Qué diablos se cree que hace?», le preguntó Chae. Y el conductor era un ricachón con polainas y sombrero inclinado sobre los ojos, que replicó: «En adelante, mantenga a sus malditos niños alejados del camino». Y Chae exigió: «Hábleme bien», y le dio un tirón de orejas, el ricachón cayó bruscamente al polvo, y la señora Strachan, la hija mayor de Netherhill, salió chillando: «¡Serás bruto, que lo has matado!», y Chae se limitó a reír y replicó: «¿Qué miedo me da!», y se marchó. Pero la señora Strachan ayudó al ricachón a levantarse y lo sacudió y lo limpió y se disculpó por Chae, muy civilizadamente. Y el único agradecimiento que obtuvo fue que el hombre denunció a Chae por asalto en Stonehaven y le multaron con una libra, y Chae salió del juzgado diciendo que en el capitalismo no había justicia, y que la revolución no tardaría en erradicar a sus corruptos lacayos. Y puede que sí, pero a fe que había pocas señales de revolución, comentaba Long Rob del Molino, tan pocas como de lluvia.

Puede que por eso medio Howe estuviera de mal humor. No podías recorrer un camino sin encontrarte con granjeros apoya-

dos en las puertas, fulminando el tiempo con la mirada, y peones camineros, pobres tipos, cavando en los montículos con el sudor chorreándoles, y las únicas gentes que parecían pasarlo bien eran los pastores en lo alto de las colinas. Pero juraban que no cuando la gente decía que sí, que las fuentes de la colina junto al rebaño se secarían en una hora, y que las ovejas se perderían y balarían y volverían tarumba al pastor hasta que las hiciera recorrer fatigosas millas y millas hasta el arroyo más cercano. Así que todos estaban que mordían, mirando al cielo, y los párrocos por todo el Howe rezaban para que lloviera además de mencionar al ejército y el reuma del príncipe de Gales.⁴ Pero eso no servía para la lluvia; y Long Rob del Molino decía que había oído que tanto el ejército como el reuma estaban más o menos igual que antes.

Puede que más le hubiera valido a padre morderse la lengua y quedarse en Echt, donde había mucha lluvia. Era buena tierra para la lluvia, Aberdeen, lo comprobabas de día y de noche: inundaba y recorría Barmekin y la colina de Fare⁵ en las buenas tierras del norte. Y madre suspiraba, mirando desde las ventanas de Blawearie: «No hay tierra como Aberdeen ni gentes tan buenas como las que viven en Don».

Había vivido en Don toda la vida, madre, aunque había nacido en Kildrummie⁶ donde su padre era labrador. No ganaba más de trece chelines a la semana y eran trece en la familia, igual para que todo alcanzara a partes iguales. Pero madre decía que les iba bien, que nunca fue tan feliz como en aquellos días, cuando recorría descalza los caminos hasta la pequeña escuela que estaba recogida bajo las conocidas y queridas colinas. Y, a los nueve años, dejó la escuela y le prepararon una cesta y dijo adiós a su madre y se fue a su primer trabajo, aun sin zapatos entonces, no los llevó hasta los doce años. No fue un trabajo de verdad el primero, lo único que hacía era asustar a los cuervos de los campos de un vie-

jo granjero y dormir en una buhardilla, pero le gustaba, y nunca olvidaría los vientos cantarines en aquellos campos cuando era joven, o los alcados lamentos de los corderos que arreaba, o el tacto de la tierra bajo los pies. «Oh, Chris, chiquilla mía, hay cosas mejores que tus libros o estudios o querer o dormir, está el campo que es tuyo, que eres tú, cuando no eres ni muchacha ni mujer.»

Así que madre trabajaba y corría por los campos en aquella época, era dulce y risueña, te la imaginabas, la veías recortada contra el sol como si miraras por un túnel de los años. Estuvo tiempo en el segundo trabajo, siete u ocho años, hasta el día en que conoció a John Guthrie en un campeonato de arado en Pittodrie.⁷ Y a menudo se lo recordaba a Chris y a Will. No es que fuera gran cosa, los caballos eran pobres y los arados, peores, y el viento frío y áspero susurraba entre ellos y Jean Murdoch ya estaba dispuesta a volver a casa. Pero entonces le tocó el turno a un joven valiente con la cabeza roja y las piernas más ágiles del mundo, que llevaba los caballos cubiertos de lazos, bonitos y cuidados, y en cuanto empezó a arar ya se veía que se llevaría el premio. Y sí que se llevó el premio el joven John Guthrie, y no solo eso. Porque cuando salió del campo montado sobre un caballo le dio un golpecito por detrás a otro, y gritó a Jean Murdoch, con un destello de su mirada aguda y tozuda: «¡Monta si quieres!», y ella replicó: «¡Sí que quiero!», y agarró al caballo de la crin y se dio impulso hasta que alcanzó la mano de Guthrie, que la afianzó en el lomo de la bestia. Así que salieron juntos del campeonato de Pittodrie: Jean sentada sobre su cabello, dorado y muy largo, y riendo ante el rostro adusto y entregado de Guthrie.

Y ese fue el inicio de su vida juntos. Ella era dulce y amable con él, pero puede que él no la tocara: su rostro se volvía rojo de rabia por la dulzura de ella, que atraía su alma hacia el infierno. Pero tras dos o tres años de esfuerzo y ahorro para tener herramientas y muebles acabaron casándose, y entonces nació Will, y

luego la propia Chris, y los Guthrie alquilaron una granja en Echt, Cairndhu era, y se instalaron allí durante varios años.

Inviernos o primaveras, veranos o cosechas, ocupando o iluminando las laderas de la Barmekin, y la vida araba sus surcos y empujaba a sus bestias, y el corazón del hombre de Jean Guthrie se volvió más duro y más frío. Pero el brillo del cabello de Jean aún lo provocaba. Chris lo oía llorar de agonía de noche cuando se unía con ella. El rostro de madre se volvía extraño e inquisitivo, su mirada se retraía a aquellas primaveras que puede que no volviera a ver, queridas y despreocupadas habían sido, aún podía besarlas y asirlas un instante con Chris o Will. Vino Dod, luego Alec, y entonces el fino rostro de madre se endureció. Una noche la oyeron llorarle a John Guthrie: «Una familia de cuatro ya está bien: no habrán más». Y padre le gritó: «¿Cómo que bien? Tendremos los que Dios en su misericordia nos mande, mujer. Eso te lo aseguro».

No estaba dispuesto a hacer nada contra la voluntad de Dios, padre, y, por supuesto, tras Alec, Dios dio paso a los gemelos, nacidos siete años después. Madre puso una cara extraña antes de que llegaran, perdió esa dulzura risueña que le era propia, y una vez, puede que estuviera enferma, le dijo a padre cuando habló de preparar al médico y esas cosas: «No te preocupes. Seguro que tu amigo Jehová⁸ se encargará de eso». Padre pareció quedarse paralizado, y a continuación se puso rojo, y Chris se preguntaba qué había querido decir con eso, al ver lo furioso que se puso cuando Will usó esa palabra sin pensar, una semana antes.

Porque Will había oído la palabra en la iglesia de Echt, donde los ancianos se sientan con las barbillas peladas y las bolsas de las ofrendas entre las rodillas, esperando que termine el sermón para marcharse a pasos lentos y comedidos a través de los bancos, mientras oyen los peniques de la penuria repiquetear tímidamente contra la perra gorda de la abundancia. Y un sábado, Will, que estaba sentado a punto de dormirse, oyó de los labios del párroco

la palabra «Jehová», y se la guardó porque era bella y hermosa y esperaba encontrar algo, hombre o bestia, que encajara con esa gran palabra, tan bien formada.

Ahora que era verano, época de pulgas, tábanos y tijeretas, cuando los novillos se levantaban adormilados de rumiar y se ponían a correr alocada e inútilmente, los tábanos les mordían el pelo y el pellejo hasta la piel por debajo de la rabadilla. Ese año en Echt resonaban los rebaños, crujían las puertas, salpicaban los novillos en lagos, y también se oían los bufidos de Nell, la vieja yegua de Guthrie, que se había enganchado tontamente con uno de los bueyes de las Highlands, que le abrió el vientre como un nabo podrido con su cuerno grande y curvo.

Padre vio lo que ocurría desde lo alto del campo donde el heno estaba cortado y amontonado, y gritó: «¡Maldita sea!», y echó a correr, ágil como solía, hasta el desastre quejoso que era Nell. Y mientras corría agarró una guadaña, y al acercarse a Nell blandió la cuchilla y gritó: «¡Pobre muchacha!», y Nell no paraba de bufar, bufaba sangre y sudor, y padre le retorció el pescuezo, y le serró con la guadaña el cuello hasta que murió.

Así terminó Nell. Padre esperó hasta recoger todo el heno y entonces se dirigió a Aberdeen a comprar una nueva yegua, Bess, que montó de vuelta por la noche mientras Will la miraba embelesado. Y Will cogió a la yegua y le dio agua y la llevó al establo donde había dormido Nell y le dio su heno y un puñado de grano, y se puso a cepillarla, de la paleta al talón, y el vientre regordete y la cola que tenía, larga y curva. Y Bess se quedó comiendo grano, y Chris se apoyó en la jamba de la puerta, con la gramática latina⁹ en la mano. Así, dándole caricias finas e intensas, felizmente, Will cepilló a la yegua hasta que acabó con la cola, y luego, cuando levantó el cepillo para dar a Bess en el costado y que se fuera al otro lado del establo para acabar de cepillarla, le vino a la mente la palabra que había guardado. «¡Ven aquí, Jehová!», gritó, dándole

bruscamente. Y John Guthrie oyó la palabra a través del patio y se acercó a toda prisa desde la cocina, limpiándose los restos de avena de la barba, y entró a toda prisa al establo y...

Pero no debería haber pegado a Will como lo hizo. El muchacho cayó a los pies del caballo, y Bess giró la cabeza dejando caer el grano, y miró a Will, que tenía la cara ensangrentada, y meneó la cola y se quedó quieta. Entonces John Guthrie arrastró a su hijo a un lado y ya no le prestó más atención, sino que cogió el cepillo y el peine cuadrado y gritó: «¡Vamos, muchacha!», y continuó cepillando. Chris había estado llorando con el rostro oculto, pero entonces volvió a mirar: Will se estaba incorporando despacio, con sangre en la cara, y John Guthrie le hablaba, sin mirarlo, mientras cepillaba a Bess: «Y ves con cuidado, jovencito, si vuelvo a oír que usas el nombre del Creador en vano, si vuelvo a oír esa palabra, te castro. No lo olvides. Te castro como a un cordero».

Así que Will odiaba a padre, tenía dieciséis años y era casi un hombre, pero padre aún lo hacía llorar como a un niño. Will susurraba su odio a Chris cuando yacían en sus camas de noche en la habitación del piso superior de la casa, y la luna llena se cernía sobre la Barmekin y las avefrías silbaban tímidamente sobre las tierras de Echt. Y Chris se tapaba los oídos y luego escuchaba, volviendo una mejilla hacia la almohada y la otra, también lo odiaba y no lo odiaba, a padre, la tierra, la vida en la tierra... ¿no estaba segura!

Puesto que pasaba tiempo con los libros, se sumergía en ellos en una tierra mágica lejos de Echt, lejos, muy lejos, al sur. Y en la escuela dejaron constancia de que era la más lista, y John Guthrie dijo que igual recibiría la educación que necesitaba si seguía las clases. Con el tiempo, podría hacerse maestra y, entonces, honrarlo; eso le gustaría, a padre, le dijo en voz baja Guthrie a ella, pero Murdoch se rio con el rostro risueño y alegre. Pero se iba alejando

cada vez más de esa risa, decidida, encantada de oír las cosas en las historias y las geografías, rara vez los encontraba divertidos aquellos nombres y palabras extrañas como *Too-long* y *Too-loose*¹⁰ que hacían desternillarse a la clase. Y la aritmética también se le daba mejor que bien, hacía grandes sumas mentalmente, de manera que siempre era la primera de la clase; la nombraron mejor estudiante y le concedieron cuatro premios, cuatro premios en cuatro años, tenía.

Y le dieron un libro que le parecía bastante tonto, *Alicia en el país de las maravillas*, que no tenía ningún sentido. Y el segundo fue *What Katy did at School*, y le encantó Katy, y la envidiaba y deseaba, como Katy, vivir en la escuela, no salir arrastrando los pies, en plena noche invernal, húmeda y caótica, para ayudar a limpiar la vaquería, con el olor de la mierda líquida que te llegaba, ¡ecs!, a la cara. El tercer libro fue *Rienzi, the Last of the Roman Tribunes*, y tenía partes buenas y otras bastante agotadoras. Tenía una esposa buena y bonita, Rienzi, y estaba durmiendo con ella, con sus pálidos brazos alrededor del cuello, cuando al final los romanos llegaron para matarlo. Y el cuarto libro, que le acababan de dar antes de que los gemelos llegaran a Cairndhu, fue *The Humours of Scottish Life*,¹¹ y ¡madre mía! si esa sandez era divertida, es que ella había nacido tonta.

Y esos habían sido todos los libros que eran libros de texto, eran todos los libros de Cairndhu a excepción de las biblias que les había dejado la abuela, una para Chris y otra para Will. En la de Chris estaban escritas las palabras: «Para mi querida Chris: confía en Dios y haz lo que debas». Pues la abuela era la madre de padre, no la de madre. Era extremadamente religiosa y, cada domingo, lloviera o hiciera sol, se acercaba como podía a la iglesia de Echt, sentada bajo cuatro o cinco párrocos en total. Y a uno de ellos nunca lo perdonaría, porque no dijo DIOS como haría un hombre decente, sino «DIO», y qué suerte cuando cogió un

resfriado: quedó postrado y no tardó en morir; hasta puede que fuera un castigo.

Así pues era Chris, y eso era lo que leía y aprendía, dos Chrises había que luchaban por su corazón y la atormentaban: odiabas la tierra y el habla vulgar de la gente, y aprender era bueno y bonito un día, y al siguiente te despertabas con las avefrías cantando por las colinas, muy intensamente, cantándote en el corazón, y con el olor a tierra en la cara, que casi te hacía llorar de lo bello que era, y la dulzura de la tierra y los cielos escoceses. Veías sus caras a la luz de la lumbre, las de padre y madre y los vecinos, antes de encenderse las lámparas, cansadas y amables, caras queridas y cercanas a ti, y querías las palabras que conocían y usaban, olvidadas en la lejana juventud de su vida, palabras escocesas para decirle a tu corazón cómo exprimían la vida, cómo se agarraban a ella, el esfuerzo de sus días y de su incesante lucha. Y pasado otro minuto eras inglesa, y volvías a las palabras inglesas, tan agudas, limpias y auténticas... durante un rato, durante un rato, hasta que salían con tanta facilidad de la garganta que sabías que nunca podrías decir nada que mereciera la pena decir.

Pero Chris perseveró para conseguir su beca, la ganó y empezó a conjugar los verbos latinos, primero los fáciles, *Amo, amas, amo a las mamás*, y te reías en voz alta cuando el maestro decía eso y exclamaba: «¡Silencio! ¡A callar!», pero estaba encantado y te sonreía y te sentías bien, alborotada y por encima de las demás muchachas que no estaban estudiando latín ni cualquier otra cosa, eran criadas de cocina hasta la médula. Y luego estaba el francés, bastante difícil, la «u» era lo peor: y vino el inspector a Echt y Chris casi se tira al suelo de la escuela de vergüenza cuando la hizo ponerse en pie delante de todos y decir: «u... uuuu... *butin*». Y él dijo: «Pon la boca como si fueras a “salvar”, pero no lo hagas, y di “u... uuuu”». Y lo dijo, y Chris se sintió como una gallina con una piedra en la garganta, después de que el inspector

ese, un inglés con una tripa horrible, no pudiese decir «silbar», solo «salvar». Y el hombre se fue hacia el carruaje que lo esperaba para llevarlo a la estación, y se dejó su maletín bueno de piel, y el maestro lo vio y gritó: «¡Callad! ¡Chris, corre a llevarle al inspector su bolsa!». Y ella lo hizo y lo encontró al pie del patio. El hombre la miró boquiabierto y dijo: «¿*Quá?*», y luego se rio un poco y dijo otra vez: «¿*Quá?*», y luego: «*Grecias*». Y Chris volvió al despacho del director, este la esperaba y le preguntó si el inspector le había dado algo, y Chris dijo que no, y el director pareció quedarse muy decepcionado.

Pero todos sabían que los ingleses eran gente malvada que no hablaba bien, y que eran unos cobardes que capturaron a Wallace y lo mataron por traidor. Pero, mira, fueron derrotados en Bannockburn. Entonces Eduardo II no paró hasta llegar a Dunbar, e incluso después de ello los ingleses fueron derrotados en todas las batallas, excepto en la de Flodden, y en Flodden volvieron a ganar por traidores, tal y como se cuenta en *The Flowers of the Forest*.¹² A Chris siempre le entraban ganas de llorar cuando oía esa canción y mucha gente la cantaba en los cánticos de la parroquia en Echt, porque era triste y por los muchachos que nunca más volvieron a estar con sus muchachas entre las garberas, y por las muchachas que nunca se casaban, sino que se quedaban mirando el sur de la frontera inglesa donde sus muchachos yacían cubiertos de sangre y tierra, con los *kilts* ensangrentados y los cascos rotos. Y Chris escribió un ensayo sobre eso, explicando cómo había ocurrido todo, y el director dijo que estaba bien y que alguna vez tendría que probar a escribir poesía, como la señora Hemans.¹³

Pero entonces, justo después de escribir el ensayo, nacieron los gemelos, y madre lo pasó muy mal, como siempre. Sollozaba y estaba enferma cuando se metió en la cama, Chris hirvió agua

durante horas y horas y luego bajó las toallas, toallas manchadas de algo que no se atrevía a mirar, que lavó rápido y colgó para que se secaran. El médico llegó por la noche, se quedó la noche entera, y Dod y Alec se quedaron temblando y llorando en su habitación hasta que subió padre y les azotó fuerte; así tenían algo por lo que llorar, pero entonces no se atrevieron. Y padre volvió a bajar las escaleras, raudo como siempre, aunque llevaba cuarenta horas sin meterse en la cama, y cerró la puerta de la cocina y se sentó con la cabeza entre las manos y gimió y dijo que era un miserable pecador: que Dios le perdonara las lujurias de la carne. También dijo algo sobre el pelo bonito de ella, y luego algo más sobre la lujuria, pero no pretendía que lo oyera Chris, porque levantó la vista y la vio mirándolo y se enfureció. Le ordenó que preparara una mesa con desayuno para el médico «aquí en el salón, y hiérvele un huevo».

Y luego madre empezó a gritar, y el médico llamó por las escaleras: «Oiga, es un caso bastante duro, creo que necesitaré su ayuda», y cuando lo oyó padre se puso gris, y se tapó la cara otra vez y gritó: «¡No me atrevo, no me atrevo!». Entonces el doctorcillo lo llamó otra vez: «Guthrie, ¿me oye?», y padre se levantó de un salto de rabia y gritó: «¡Maldita sea, no estoy sordo!», y corrió escaleras arriba, tan veloz como siempre, y entonces la puerta de la habitación se cerró de un golpe y Chris ya no oyó nada más.

Y no es que quisiera oír eso, pues tampoco se encontraba nada bien, mientras cocía el huevo y ponía la comida en el salón, con un mantel blanco extendido sobre el verde afelpado y todos los muebles oscuros y sombreados escuchando. Entonces Will bajó las escaleras, no podía dormir debido a lo de madre, y se sentaron juntos y Will dijo que el viejo era una bestia y que madre no debería tener bebés, que ya era demasiado vieja para eso. Y Chris lo miró pensando cosas horribles, entonces no sabía nada, y su parte inglesa se sintió mal y susurró: «¿Qué tiene que ver padre con

eso?». Y Will le devolvió la mirada, avergonzado: «¿No lo sabes? ¿Qué tiene que ver un toro con una ternera, so tonta?».

Pero entonces oyeron un espantoso grito que les hizo ponerse en pie de un salto. Era como si una y otra vez desgarraran a madre los dientes de unas bestias, y no aguantara más, y entonces se oyó un gritito como de un lechón, y Chris y Will trataron de no oír nada más. Chris hirvió el huevo hasta que quedó duro como el acero, y entonces madre volvió a gritar, ¡ay Dios!, se te paraba el corazón al oírlo, y entonces salió el segundo gemelo.

A continuación, se hizo el silencio, y oyeron al médico bajando las escaleras. Ya casi era de día, y la mañana se cernía asustada entre los campos silenciosos, y escuchaba y esperaba. Pero el médico gritó: «¡Agua caliente, jarras de agua, ponme una palangana de agua con mucho jabón al lado, Chris!». Y ella exclamó «¡Ay, doctor!» al oír eso, pero lo gritó en voz bajita, él no la oyó, y se enfadó. «¿No me has oído?» Y Will le dijo, llamando por la escalera: «Sí, doctor, es solo que está asustada», y el médico replicó: «Pues que se asuste cuando tenga sus propios chiquillos, carajo. ¡Prepara el agua, rápido!». Así que la vertieron y Chris cruzó el salón cuando el doctor pasó junto a ellos con las manos estiradas, y el olor de las manos fue un horror que persiguió a Chris día y noche.¹⁴

Así fue como llegaron los gemelos a Cairndhu. Apenas había sitio para ellos antes, y ahora tendrían que vivir como unos pobretones. Aunque era una granja muy buena, a John Guthrie se le estaba acabando el usufructo, por mucho que se resistiera, y cuando madre salió de la cama quince días después con el brillo y el oro todavía en su dulce cabello, y la mirada aún despejada, Guthrie bramó y perjuró cuando ella le habló: «¿Más habitaciones? ¿Qué más queremos que no tengamos? ¿Te crees que somos nobles?», exclamó el hombre, y volvió a decir que cuando era crío en Pittodrie su madre tenía nueve chiquillos en casa, en una de una sola planta,

y su padre solo tenía un pequeño arado. Pero se las arreglaron, los había educado a todos para ser decentes y temerosos de Dios, y si uno de los críos de Jean Murdoch fuera la mitad de bueno, nunca se sonrojaría avergonzada. Y madre lo miró con la sonrisita en los labios: «Bueno, bueno, ¿nos vamos a quedar aquí, entonces?», y padre levantó la cabeza, proyectando la barba hacia ella, y gritó: «Claro que sí, confórmate con lo que somos».

Pero al día siguiente él volvía del mercado, con el viejo Bob tirando del carro, cuando al doblar la esquina por debajo de Barmekin un automóvil se acercó escupiendo y ladrando como un perrazo con moquillo. El viejo Bob se sobresaltó y casi vuelca el carro en una zanja, y luego se quedó tieso como una roca, tan asustado que no daba un paso, y el carro quedó atascado en el camino. Y cuando padre trató de tirar de la bestia tozuda hacia un lado, una mujer con la cara empolvada de pintura, polvo y tierra sacó la cabeza por la ventanilla del coche y gritó: «¡Está obstruyendo el tráfico, hombre!». Y John Guthrie se puso como un león. «Gracias a Dios que no soy su hombre, porque si no, le rasgaría la cara un rastrillo para que un barrendero se la limpiara luego.» La mujer casi estalla de ira al oírlo, pero volvió a meterse en el coche y añadió: «No se quedará usted con la última palabra. Anota la matrícula, James, ¿me oyes?». Y el chofer miró por la ventanilla, bastante avergonzado, parecía, y se fijó en el nombre de la placa del carro, y dijo con voz temblorosa: «Sí, señora», y se dieron la vuelta y se marcharon. Así había que tratar a la escoria como aquellos terratenientes, pero cuando padre volvió a pedir el usufructo, se lo denegaron.

Así que echó un vistazo al *People's Journal* y se puso su mejor traje, Chris le sacudió las bolas de naftalina y le encontró el cuello y la parte blanca de delante para taparle la camisa de trabajo, y John Guthrie se fue hasta Aberdeen y cogió un tren a Banchory para buscar allí un terreno pequeño. Pero el alquiler era carísimo

y vio que casi toda la región estaba formada por granjas grandes,¹⁵ con lo que se quedaría sin un penique y no podría sacarle rendimiento. Pero era buena tierra, y eso casi lo convence, tenía buena pinta, y tus manos deseaban tocarla. Pero el agente lo llamó «Guthrie», y él le replicó: «¿A quién llama usted Guthrie? Señor Guthrie, para usted». Y el agente lo miró, y se puso palidísimo, y soltó una risita y añadió: «Bueno, señor Guthrie, me temo que usted no se adecua a nuestras necesidades». Y John Guthrie dijo: «Permítame que le diga que es su terreno el que no se adecua a mis necesidades, chupatintas». Puede que fuera pobre, pero aún no había nacido hombre que consiguiera darse aires con él, con John Guthrie.

John Guthrie volvió a casa y reanudó su búsqueda. Al tercer día volvió del lejano sur: había conseguido un lugar, Blawearie, en Kinraddie del Mearns.

Hacía un tiempo tormentoso ese enero, y, de noche, Slug Road estaba cubierta de aguanieve cuando John Guthrie se llevó a su familia y sus bártulos de Aberdeen al Mearns.¹⁶ Dos veces llenó hasta los topes los grandes carros que crujían, y donde quedaban restos de la cosecha de septiembre, antes de que los caballos, reticentes, se encontraran la subida del Slug. La oscuridad llegó como una manta muy muy mojada, bajo la cual se acumulaba el agotamiento y los lloriqueos de los gemelos que irritaban a John Guthrie. Madre lo llamó desde su rincón del carro principal, donde ahora iba sentada con uno de los gemelos amorrado al pecho, y luego otro, con la piel desnuda y fría y blanca y una hebra de su caballo dorado oxidado que caía desde la oscuridad que rodeaba su rostro hacia la luz del farol oscilante. «Más vale que descansen en Portlethen y no intentemos subir el Slug esta noche.»

Pero padre replicó: «Maldita sea, ¿crees que estoy tan forrado como para hacer noche en Portlethen?», y madre suspiró y soltó

al diminuto gemelo Robert, y salió leche cremosa de los dulces y suaves labios del pequeño. «No, no estamos forrados, pero puede que nos hundamos otra vez en el barro y nos muramos todos esta noche.»

Puede que él temiera lo mismo, John Guthrie, y que su rabia se debiera en realidad a la inquietud que sentía por la noche, pero no tuvo ocasión de replicarle, pues oyeron un gran mugido junto al serpenteante camino de turba que cubría la luz mortecina de la luna. El ganado se había apiñado allí, colas al viento, rehuyendo el Slug y las punzadas de la cellisca. El pequeño Dod sollozaba ante las bestias, *polled angus* y *shorthorns* y otros bueyes de las Highlands¹⁷ cebados y encantados con su vida en las llanuras de Echt, pues al sur de los inhóspitos montes el mundo resultaba frío y peligroso. Pero John Guthrie soltó el extremo de la lona que resguardaba a su esposa y a los gemelos y a los muebles de la mejor habitación, y a las herramientas buenas y abundantes, y se adelantó rápidamente hasta la cabeza del caballo para llegar donde se apiñaba el ganado. Y tiró a Dod a la zanja de un manotazo, y exclamó: «¿Es que no piensas, mocosos?», y desenroscó el pellejo que le servía de látigo, que restalló a través de las punzadas de la cellisca, y se erizaron los lomos del ganado como bordes dentados, y un minuto después un novillo de las Highlands salió corriendo hacia delante mientras mugía, hasta que se puso al trote, y el resto lo siguió, resbalando y despatarrándose con las pezuñas hendidas; su porquería olía con intensidad bajo la cellisca nocturna. Alec los vio venir enseguida, y se volvió hacia la caravana corriendo, y siguieron subiendo por el Slug hacia el Mearns y el sur.

Así, chirriando y repiqueteando por el peso de la carga, pasaron ese punto crítico y los carros volvieron a ponerse en marcha: el primero, con la luz bajo la lona y las cosas de casa y madre dando de mamar a los gemelos. El siguiente carro, el de Clyde, iba cargado de grano, patatas, avena y cebada, y llevaba bolsas de herra-

mientas e instrumental, horquetas y horcas bien atadas con cordel de esparto, dos arados buenos y una sembradora, elementos de la granja y una máquina para nabos con dientes que cortaban como una guillotina. Cabizbaja en dirección al viento, con las riendas sueltas y todo el pelaje bonito manchado de aguanieve, iba Clyde, para la que la carga no era nada, y avanzaba bien y con fluidez siguiendo al carro de John Guthrie sin que ningún otro la guiara ni ahora ni nunca, en lo que casi resultó una milla, mientras la voz de Guthrie la animaba: «Eso es, Clyde. Vamos, muchacha».

Chris y Will iban en el último carro, dieciséis años tenía Will y quince Chris, y el camino seguía subiendo, recto y firme, y a veces se acurrucaban para resguardarse y la cellisca pasaba a derecha e izquierda, blanca y brillante en la oscuridad. Y a veces se bajaban del carro que quedaba por encima del esforzado viejo Bob y corrían junto a él, uno a cada lado, y pateaban para entrar en calor, y veían los arbustos elevarse negros por las blancas colinas junto a ellos, y a lo lejos, las luces parpadeantes que atravesaban los páramos donde la gente se encontraba a cubierto y bien abrigada. Pero entonces el ascendente camino serpenteaba, a izquierda y a derecha, hacia uno u otro saliente empinado, y el viento volvía a azotarlos. Así que, jadeantes, se subían de nuevo al carro: Will con los pies y las manos helados y la cellisca pinchándole en la cara como si fuera agujas, y Chris peor, cada vez más fría, con el cuerpo insensible e infeliz, de las rodillas y los muslos al estómago y el pecho; le dolían tanto los pechos que casi se echa a llorar. Pero nada dijo al respecto, se quedó adormecida del frío, y tuvo un sueño extraño cuando subían por las colinas antiguas.

Ante ellos, por la noche, aparecía un hombre corriendo. Padre no lo veía ni le prestaba atención, aunque en el sueño de Chris el viejo Bob resoplaba y se asustaba. Y al acercarse a ellos, el hombre retorció las manos; estaba loco y cantaba aquella criatura extraña con barba negra y medio desnudo, y gritaba en griego: «¡Los bar-

cos de Piteas! ¡Los barcos de Piteas!»,¹⁸ y se sumergía en la tormenta de cellisca de los montes grampianos, y Chris no volvía a verlo, qué sueño más raro. Porque la muchacha tenía los ojos completamente abiertos, y se los frotó, aunque no hubiera ninguna necesidad de hacerlo; si no estaba soñando, es que estaba tarumba. Salvaron el Slug, abajo se encontraba Stonehaven y el Mearns, y más allá, adentrándose varias millas en el Howe, el punto de luz centelleante que brillaba desde el mástil de Kinraddie.

*

Así pues, fue su llegada a Blawearie, agotados estaban todos en la noche que apenas les quedaba, y durmieron hasta bien entrada la mañana, y despertaron con el viento y la lluvia procedentes del mar junto a Bervie. Rodeados de oscuridad oían el mar, un gemido constante junto a los acantilados del solitario Kinneff. Y no es que John Guthrie escuchara aquellos sonidos terribles, pero Chris y Will sí, en la habitación donde habían puesto los catres improvisados. Debido a la extrañeza, el frío y la visión del agua lejana, Chris no podía dormir, hasta que Will susurró: «Durmamos juntos». Y eso hicieron, abrazándose hasta que entraron en calor. Pero nada más avistarse el día William se deslizó otra vez a las mantas de su propia cama, temía lo que fuera a decir padre si los encontraba acostados juntos. Chris pensó en eso, con rabia, confusa y enfadada, la Chris inglesa, mientras el sueño volvía a apoderarse de ella. ¿Era posible que un hermano y una hermana hicieran algo si dormían juntos? Y, además, es que ella no sabía cómo.

Pero, de nuevo en su cama, Will apenas tuvo un minuto para entrar en calor o volver a pegar ojo, pues John Guthrie ya se había levantado y corría por la casa, despertándolos a todos, y los gemelos estaban despiertos y pidiendo pecho, y Dod y Alec intentaban encender el fuego. Padre subía y bajaba las extrañas escaleras de

Blawearie mientras maldecía, llamando a una puerta tras otra, ¿no se morían de vergüenza por estar ahí tirados en la cama habiendo perdido medio día? Entonces salió. La casa se quedó en silencio cuando cerró la puerta de un portazo, y gritó que iba a subir a la ladera para ver el lago del páramo. «Salid y preparad el desayuno y haced lo que os toca hasta que vuelva, u os daré un tirón de orejas.»

Y a fe que resultaba raro que a padre se le ocurriera subir la ladera a aquellas horas. Porque cuando subió entre la retama oyó un disparo, John Guthrie, que interrumpió la mañana tan oscura y férrea, y se sobresaltó. ¿Acaso no era suyo Blawearie, no era él su arrendatario? Y la rabia se apoderó de él y dejó de pasear. Subió la colina entre la retama seca, corriendo como una liebre, hasta toparse con el lago, bordeado de hierba y helado en la mañana invernal; tenía gansos salvajes nadando hacia el este, hacia el mar. Excepto uno, todos se dirigían hacia el este bajo el cielo de un gris acerado, excepto uno que aleteaba y se zambullía y golpeaba el aire con alas bruñidas, y John Guthrie vio que las plumas se hundían. El ganso soltó un chillido salvaje como un chiquillo que se asfixiara de noche bajo las mantas, y se hundió en la ensenada del lago, a menos de diez metros de donde se encontraba el hombre con el arma. Así que John Guthrie atravesó con cautela la hierba en dirección a ese muchacho, con sus polainas buenas y la cara roja, y ¿quién era ese tipo tan decidido en la tierra de Guthrie? El muchacho dio un brinco al oír acercarse a Guthrie, y a continuación mostró una risa en su cara tontuna, pero John Guthrie no se rio, sino que susurró: «Eh, muchacho, estabas disparando...», y el otro dijo: «Sí, así es». Y John Guthrie añadió: «Ya, entonces ¿eres un cazador furtivo?», y el muchacho respondió: «No, eso no, soy Maitland, el capataz de Mains», y John Guthrie susurró: «Por mí como si eres el arcángel Gabriel, pero no dispares en mis tierras, ¿me oyes?».